

Lur-Saluces condenados á diez años de destierro, y Julio Guerin á diez años de detención. Marcelo Habert, que se había constituido prisionero durante el proceso, fué juzgado solo y condenado á cinco años de destierro.

Aquel procesamiento sirvió para pacificar la calle, y desembarazándola de toda manifestación más ó menos sediciosa, calmó considerablemente los espíritus.

La gran Exposición universal de 1900, destinada á glorificar el siglo XIX expirante y á saludar la aurora del siglo XX, iba á abrirse en paz. Anunciada por decreto de 13 de julio de 1892, decidida por la ley de 13 de junio de 1896, la Exposición fué inaugurada el 14 de abril por Emilio Loubet en la Sala de fiestas construída en el centro de la Galería de Máquinas. Acompañaban al jefe del Estado los presidentes del Senado y de la Cámara, el presidente del consejo, todos los ministros y los representantes del cuerpo diplomático. Después de dos elocuentes discursos del ministro de Comercio y del presidente de la República, saludados con universales aclamaciones, la orquesta y los coros ejecutaron el *Himno á Víctor Hugo*, de Saint-Saens, y la *Marcha heroica*, de Teodoro Dubois. El comisario general de la Exposición, Sr. Picard, presentó los comisarios extranjeros al jefe del Estado, en otro salón preparado al efecto. El cortejo atravesó después los jardines del Campo de Marte al ruido lejano de las salvas de artillería y se embarcó en una flotilla de vapores que lo condujo al puente de Alejandro III, donde el presidente de la República inauguró esta magnífica obra, testimonio y símbolo de la unión franco-rusa.

Después de esta ceremonia, Loubet se retiró, seguido de las aclamaciones que en todas partes habían saludado su paso, en la inauguración de aquel certamen universal que era como la apoteosis del siglo de las luces.

En julio se recibieron graves noticias de China, donde la insurrección de los Boxers, favorecida por la emperatriz, amenazaba la influencia y hasta la existencia de todos los europeos residentes en el Celeste Imperio. El barón de Ketteler, embajador de Alemania en Pekín, había sido asesinado por soldados chinos. El incendio devoraba todas las legaciones, salvo las de Inglaterra, Francia y Alemania. Los embajadores y otros representantes de las potencias extranjeras se hallaban sitiados en sus residencias por millares de chinos; su situación parecía desesperada. El almirante Courrejoles fué designado para el mando de los 3.000 soldados y marineros franceses que podían ser rápidamente transportados de Indo-China á China, ínterin llegaban refuerzos. La Cámara y el Senado votaron los fondos necesarios para la expedición. La suerte de los extranjeros en Pekín inspiraba grandes inquietudes en todos los países.

En medio de aquellas ansiedades, el 18 de julio, el presidente de la República, acompañado de los presidentes del Senado y de la Cámara, Sres. Fallières y Deschanel, y de los principales ministros, fué á Cherburgo con el objeto de pasar revista á las dos escuadras del Norte y del Mediterráneo reunidas bajo el mando del vicealmirante Gervais. Después de la revista, Loubet obsequió á los oficiales superiores de la escuadra con un banquete en que pronunció un elocuente discurso, diciendo que la República se apoyaba con orgullo en sus ejércitos de mar y tierra. El 12 de agosto,

el presidente de la República, acompañado de los señores Waldeck-Rousseau, Lanessán y André, fué á Marsella con el objeto de saludar al cuerpo expedicionario de China y entregar sus banderas á los cinco regimientos que lo formaban, acto que revistió gran solemnidad y fué seguido de un almuerzo en la prefectura, con entusiastas brindis, y de recepciones oficiales. El presidente y los ministros volvieron á tomar el tren en medio de calurosas aclamaciones.

Aquel mismo día, el ministro de Negocios extranjeros recibió, después de un silencio muy inquietante de varios meses, noticias del Sr. Pichón, ministro de Francia en China. Su primer telegrama, que calmó las angustias del país, explicaba que, desde el 20 de junio hasta el 17 de julio, las tropas chinas habían sitiado y bombardeado las legaciones, cuatro de las cuales habían sido incendiadas; pero los extranjeros se sostenían, gracias á la defensa heroica del destacamento franco-austriaco. Las legaciones habían perdido 60 hombres y tenían 110 heridos. Todas las misiones religiosas de Pekín, salvo una, habían sido pasto de las llamas. Otro telegrama del Sr. Pichón, expedido el 28 de agosto, anunció la victoria definitiva de las armas europeas, unidas á las fuerzas japonesas. El cuerpo expedicionario no tenía más que continuar su obra para imponer á China una reparación completa de los atentados cometidos contra el derecho de gentes.

El 18 de agosto, en el Salón de Fiestas del Campo de Marte, el presidente de la República presidió la distribución de premios de la Exposición universal, que se hallaba entonces en su apogeo y reunía diariamente en su vasto recinto unos 200.000 visitantes. Al final de la grandiosa ceremonia, Loubet pronunció un hermoso discurso que terminaba con estas palabras: «La Exposición de 1900 habrá proporcionado á la solidaridad su expresión más brillante y le dará una nueva fuerza de expansión y de persuasión. La solidaridad, á la cual debemos ya grandes cosas, hará en lo futuro más frágil el triunfo de la fuerza y mejor reconocida la soberanía del derecho; impondrá el arreglo amigable de los conflictos internacionales y el afianzamiento de la paz, siempre más gloriosa que la más gloriosa de las guerras. No suprimirá sin duda todo lo que las malas pasiones puedan engendrar en males y ruinas, pero nos permitirá ver de algo más cerca el fin supremo á que tienden las inteligencias libres y los corazones generosos: la disminución de las miserias de toda clase y la realización de la fraternidad.» Salvas de entusiásticos aplausos acogieron este discurso al que siguió otro del ministro de Comercio, que proclamó la gran victoria pacífica organizada por el gobierno de la República y obtenida por la Francia.

El zar, cuya anunciada visita á la Exposición no tuvo efecto, remitió al presidente de la República, por conducto de su embajador, el príncipe Ouroussof, las insignias de la orden de San Andrés y una carta autógrafa anunciando dicho envío y diciendo que sentía mucho no poder visitar París en aquel momento.

En septiembre, Loubet asistió á las grandes maniobras militares que se ejecutaron en las llanuras de la Beauce, cerca de Chartres.

Dos días después de la revista con que terminaron dichas maniobras, se celebró en París el banquete de



LUIS FELIPE ROBERTO, DUQUE DE ORLEANS

los alcaldes. El gobierno había invitado á los presidentes de todos los ayuntamientos de Francia, de Argel y de las colonias á celebrar con una comida la Exposición de 1900, y había elegido la fecha del 22 de septiembre, aniversario de la proclamación de la primera República, para aquella fiesta del trabajo y de la paz. Más de veinte mil alcaldes respondieron al llamamiento y muchos de los que se encontraron en la imposibilidad de ir á París se excusaron por medio de calurosas cartas de adhesión. El ardor de los municipios de Francia en manifestar sus simpatías al jefe del Estado había transformado de antemano su reunión en una nueva Federación de los ayuntamientos de la República francesa. El banquete se celebró bajo tiendas en el jardín de las Tullerías, y á él asistieron, además de los veinte mil y pico de alcaldes, el presidente de la República, los individuos que constituían las mesas del Senado y de la Cámara, los ministros, el gran canciller de la Legión de honor, la alta magistratura, el comisario general y los altos funcionarios de la Exposición, el prefecto del Sena, el gobernador militar de París, el prefecto de policía, diputados, senadores, autoridades civiles y militares y los miembros de los sindicatos de la prensa parisiense y provincial. Al destaparse el champaña Loubet pronunció un gran discurso cuya conclusión era esta: «No abrigamos odio ni rencor contra nadie y nuestra esperanza más grata es la de ver á todos los franceses fraternalmente unidos en un mismo amor á la patria y á la República.» La alocución arrancó aplausos unánimes, y los alcaldes, emanación directa de la nación, terminaron la fiesta aclamando á la República y al jefe del Estado.

El 4 de noviembre, Loubet acudió á la invitación del municipio lionés y asistió á la inauguración del monumento elevado en la ciudad del Ródano á la memoria del presidente Carnot, en el mismo sitio en que éste fué asesinado. El acto revistió gran solemnidad y la población prodigó calurosas aclamaciones á Loubet, á Waldeck-Rousseau, que lo acompañaba, y á la República. Pronunciaron sentidos discursos sobre la honrada vida y trágica muerte de Carnot el alcalde de Lyon y el presidente del consejo de ministros. Terminada la ceremonia, el presidente de la República recibió en la prefectura á las autoridades civiles, militares y eclesiásticas y á numerosas delegaciones de la región. La Cámara de comercio obsequió con un almuerzo en la Bolsa á Loubet, que pronunció allí un breve discurso elogiando las grandes y fecundas iniciativas de la Cámara, y el municipio le ofreció una comida en las casas consistoriales. El alcalde de Lyon pronunció al final de este banquete un hermoso brindis en honor de Loubet, á quien calificó de *presidente de los alcaldes de Francia*. Antes de contestar al brindis del Sr. Augagneur, Loubet anunció que acabada de recibir y leyó el siguiente telegrama del emperador de Rusia:

«Livadia, 3 de noviembre de 1900. A las 11 y 45 de la noche.

»A Su Excelencia M. Loubet, Presidente de la República Francesa.—Lyon.

»La inauguración del monumento á vuestro ilustre antecesor trae vivamente á mi memoria los servicios importantes prestados á Francia por el difunto presidente

Carnot, y su activa cooperación á la grande obra de unión íntima, con fines esencialmente pacíficos, de nuestros países amigos y aliados. Al asociarme de todo corazón á esa solemnidad, os ruego, señor Presidente, que jamás dudéis de mis sentimientos de sincera é invariable amistad.

»NICOLÁS.»

Al telegrama del zar había ya contestado Loubet con este otro:

Lyón 4 de noviembre de 1900.

»A Su Majestad Nicolás II, emperador de todas las Rusias.—Livadia.

»Me hallo vivamente impresionado por el generoso pensamiento que ha tenido Vuestra Majestad de asociar-



Camilo Pelletan

se al homenaje rendido por la ciudad de Lyon á la memoria del presidente Carnot.

»Francia apreciará altamente esa nueva prueba de afectuosa simpatía. No olvida tampoco la parte que vuestro ilustre padre tomó, como decís muy bien, con un fin esencialmente pacífico, en la unión íntima de nuestros países amigos y aliados, y asocia piadosamente en su culto y en su memoria los nombres de Alejandro III y de Carnot.

»No sólo en mi nombre, sino en nombre de Francia entera, envío á Vuestra Majestad mis más sentidas gracias.

»Y le ruego acepte igualmente el nuevo testimonio de mis sentimientos de cordial é invariable amistad.

»EMILIO LOUBET.»

La fiesta terminó con un discurso del presidente de la República proclamando que la ciudad de Lyon y el departamento del Ródano eran de los primeros en ocuparse del bien moral y de la gloria de la Francia republicana.

Después del banquete, todos los comensales saludaron al presidente, mientras en la calle el pueblo lionés manifestaba sus simpatías al jefe del Estado y su adhesión á la República, con una ovación continua que no cesó hasta el momento en que Loubet tomó el tren de regreso á París.